

Foll
042
16

H. Sr. Pablo Pizzano, Sr.
at. Nicotina
fecha 20/9/30

MISION DE LAS UNIVERSIDADES

Y

DE LOS UNIVERSITARIOS

Conferencia pronunciada por el doctor Nicolás Repetto en el gran anfiteatro de la Facultad de Ciencias Médicas, auspiciada por el Centro Estudiantes de Medicina.

BUENOS AIRES

Tall. Gráf. FERRARI Hnos. — Bme. Mitre 2734-48

1930

INV 018730

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

SIG

61

Jóvenes Estudiantes:

LIB

042

1

He estado a punto de ruborizarme al escuchar el elogio casi hiperbólico que acaba de hacer de mis virtudes y de mi abnegación, nuestro joven presidente del Centro de Estudiantes de Medicina. Yo les aseguro a ustedes que nadie ha tenido una vida más placentera que la mía; de ninguna existencia ha estado más ausente el sacrificio y el dolor buscados que de la mía; nadie ha tenido, tal vez, más que yo, el privilegio de consagrar su tiempo, su energía y su entusiasmo a las labores que llenan plenamente de satisfacción.

Vuelvo a esta casa después de casi un cuarto de siglo y la encuentro completamente cambiada. Todo aquí ha crecido o se ha ampliado: profesores, cátedras, servicios, laboratorios, bibliotecas; todo esto se ha transformado, se ha renovado y el número de estudiantes se expresa en cifras realmente fantásticas. Y por sobre todo ésto, lo que más me ha impresionado, al volver a esta casa, es el cambio profundo que se nota en la influencia de los alumnos. En mi época, los estudiantes no contaban para nada. Hoy parece ser que los estudiantes son casi todopoderosos. ¡Qué cambios profundos en el transcurso de un cuarto de siglo! Yo recuerdo que en aquella época, cuando la dirección de la enseñanza médica estaba confiada a viejos profesores o a vulgares profesionales, que se reservaban estos cargos por simple vanidad, en aquella época, digo, estaba hasta prohibido reclamar para esta escuela una re-

forma tan elemental y tan simple como ésta: que los estudios de medicina se pusieran bajo la dirección de un grupo de profesores elegidos por sus colegas. Esta reforma tan elemental, tan simple, tan tibia que a ustedes ahora les movería a risa, fué castigada entonces con la expulsión de cuatro profesores que nos habíamos puesto resueltamente a su servicio. Y hoy, no sólo la dirección de los estudios médicos está confiada a consejos elegidos por profesores y estudiantes, sino que los estudiantes están a punto de enviar un plenipotenciario directo al Consejo de las Facultades, para que interprete fielmente los anhelos, las aspiraciones y las necesidades del estudiantado.

Toda esta enorme evolución operada en sólo veinticinco años, me parece que debe ser saludada con júbilo, y yo cumplo con el deber y con el placer de hacerlo así. Pero creo también que al mismo tiempo que debemos saludar con júbilo el cambio experimentado en veinticinco años, debemos comprender también que ese cambio crea para profesores y alumnos, nuevas responsabilidades y nuevos deberes.

Y ahora demos por cumplida la parte inevitable del exordio, y pasemos a ocuparnos del tema preciso de esta conferencia.

No podré ser ni tan explícito ni tan detallado como lo hubiera deseado. Para ello me habría sido necesario un tiempo de que no dispongo y que de disponer de él, tal vez ustedes no lo habrían soportado. Voy a sintetizar en una

conversación de tres cuartos de hora, o tal vez de algo menos, si es posible, mis ideas sobre la misión de la Universidad y especialmente sobre la misión de los universitarios.

Ya que en el dominio del estudiantado universitario ha aparecido un nuevo rito, el de la misa del estudiante — y esto lo digo sin el propósito de molestar, ni mucho menos de inferir agravio a nadie — es bueno recordar que la humanidad forma una especie que vive fuertemente adherida a la corteza de la tierra. Y ella sola, sin intervención de ninguna fuerza extranatural, librada enteramente a su solo esfuerzo, a su capacidad de resistencia, a su trabajo, a su ingenio, ella sola ha ido elaborando una civilización y una cultura que han llegado a ser causa de su propio asombro. Y esta especie, en su lucha incesante, trata de adaptarse y de dominar el medio en que ella actúa, y de este proceso de adaptación y de dominación del medio surge y se desarrolla la ciencia.

El campo de la ciencia abarca el mundo todo y surge en las condiciones que acabo de describir: la ciencia tiene necesariamente que orientarse y circunscribirse dentro de límites precisos y fines prácticos. La ciencia no puede ser un motivo ni un pretexto de divagaciones, de floreos, ni de verbalismos; la ciencia es un proceso serio, sereno, orientado hacia el conocimiento de la verdad y que excluye en absoluto las formas triviales, espectaculares o charlatanescas. Y es en este proceso lento de adaptación y dominación del medio ambiente, como el hombre ha ido formando poco a poco el conocimiento, desarrollando las ideas y suavizando también los sentimientos.

La finalidad práctica que el hombre persigue con la ciencia, ha hecho decir a Engels, — un escritor y un pensador que todos ustedes conocen, seguramente, aunque no, tal vez, en el grado en que sería necesario —, que un descubrimiento o un progreso de la técnica hace adelantar a la ciencia más que diez universidades. No se molesten, porque ahora voy a aplicar de inmediato el tópico para calmar la reacción que estas palabras hubieran podido provocar en algunos de mis oyentes imbuidos en un sentimiento universitario excesivamente exagerado.

A pesar de las palabras de Engels — y éste es el calmante — no hay ninguna contradicción entre la aplicación práctica y la especulación científica. Pasteur, un gran hombre, bien conocido en esta casa, ha hecho sus principales descubrimientos de orden rigurosamente científico mientras estaba ocupado en estudios de aplicación práctica. A este hombre lo llamaron desde Lyon porque se había notado una grave enfermedad en los gusanos de seda. Los que pidieron a Pasteur que se ocupara el asunto no fueron la Academia, ni la Facultad, ni el Instituto, sino los industriales de la seda, a quienes afligía la enfermedad del gusano de seda porque conspiraba contra los intereses económicos de la industria. Y Pasteur, estudiando una enfermedad que interesaba a los industriales de Lyon, realizó todos los descubrimientos que lo inmortalizaron a justo título, descubrimientos que señalan un punto de partida en la renovación y ampliación de los conocimientos humanos. Pasteur fué una de esas personalidades que surgen y quedan, mientras otras que aparente-

mente surgen y se afirman, desaparecen.

De los estudios exclusivamente especulativos, científicos, salen, de cuando en cuando, aplicaciones industriales del más alto valor práctico. Así es cómo la electro-técnica ha nacido de los estudios y experiencias exclusivamente científicos de Galvani. Y la moderna industria de las grasas ha nacido también de los trabajos teóricos del químico francés Chevreuil.

De manera que lo especulativo y lo aplicado en la ciencia no se contradicen sino que se complementan, se sirven recíprocamente, y de esta acción, de estas reacciones recíprocas nace, se desarrolla y se impone el movimiento científico con sus innúmeras aplicaciones.

Considero de mi deber, jóvenes estudiantes, desarrollar un capitulo que encuadra perfectamente dentro del tema que me he impuesto y que llena una indicación especial en este momento de la vida universitaria argentina.

No sé si será la influencia política que domina el medio social argentino o la acción perniciosa de ciertas literaturas, lo cierto es que a veces llegan a nuestras manos documentos que son un prodigio de palabrerío vano. Parecen el resultado de la labor que se hubiera impuesto un hombre de amontonar palabras de una sonoridad nada común y que leídas en alta voz dieran la sensación de notas musicales, pero que puestas al contacto de una inteligencia medianamente clara y disciplinada, resultaran completamente ininteligibles.

Es, se dice, una literatura que responde a la influencia de arriba. Será exacto, pero no carguemos con exceso la responsabilidad

hacia ese lado, porque quizás ese palabrerío no traduzca, en el fondo, otra cosa que la ausencia absoluta de ideas claras y concretas. Traduce, tal vez, la cultura verbalista de los que definió Goethe diciendo que "ponen una palabra allí donde les falta la idea".

De la necesidad y la conveniencia de que se cultive por igual la especulación pura y la aplicación, creo que no existe entre nosotros discrepancia alguna. Pero aquí, en nuestro país, hay mucha gente que muestra una tendencia exagerada a la especulación científica pura, y claro está que hay que defenderse seriamente de estas tendencias porque la necesidad más urgente para nosotros es todavía la aplicación.

Está bien la especulación científica, está bien la teoría científica; pero lo que está mal y lo que suele ser muy nocivo entre nosotros, es el verbalismo, la pretensión de realizar algún trabajo de sólida envergadura, de carácter científico, manejando algunas ideas ajenas y algunos conceptos abstractos, sin que el que escribe salga de su casa. Todo éso suele hacerse en el escritorio, con la pipa en la boca y una temperatura agradable, sin nada que moleste ni conmueva. Y la teoría científica, que es la expresión más alta de la ciencia, no se puede elaborar sin materia prima, sin los elementos necesarios.

Aquí donde el verbalismo hace estragos, es bueno insistir en que la lucha contra la confusión entre la teoría y el verbalismo, es una necesidad nacional. Para que el juicio sobre la importancia de la ciencia no se exceda de los límites de lo justo y de lo humano, es preciso tener presente que el hombre y la naturaleza viven en reacciones y acciones recíprocas constan-

tes. Por esto todas las leyes son físico-intelectuales, humanas y naturales, necesarias y relativas.

Nuestro maestro Justo, que es también, como Engels, un autor poco conocido entre nuestros universitarios, aunque ya con menor disculpa dado que se trata de un argentino, el doctor Justo, digo, que fué, sin duda, un gran maestro, decía: “Las leyes naturales no son inmutables: son simples fórmulas provisorias, puntos de vista generales, comparables a fórmulas taquigráficas del pensamiento, con fines prácticos, y sujetas siempre a revisión en un proceso de ampliación y perfeccionamiento eternos”.

Y en cuanto a la teoría, nuestro maestro se complacía en mostrarla siempre servida por los hechos. La teoría era para él la más alta expresión de la ciencia, pues representa el estudio desinteresado de la verdad, es el estudio de las leyes generales, es sentar hipótesis y empeñarse en verificarlas por medio de la observación y el experimento. Teoría es el péndulo de Foucault que permite demostrar la rotación de la tierra. Teoría son las montañas de restos fósiles que con gran trabajo recogió Ameghino en sus excursiones para enriquecer los museos argentinos; teoría es el trabajo de desenterrar los restos arqueológicos que el hombre de ciencia arranca penosamente a los estratos de la tierra; teoría es también el trabajo que el estudio de los fenómenos sociales realiza trazando gráficos.

Con ésto quería, naturalmente, nuestro maestro combatir esa tendencia verbalista de los que proyectan y edifican monumentos sin tener elemento alguno a la mano.

Ustedes ven que hasta ahora he estado realizando este doble jue-

go: en un momento dado, exalto el valor y la trascendencia de la ciencia, y en otro momento la reduzco, la rebajo a sus términos reales. Y como en este momento, al estudiar la teoría, me hallaba justamente en esta última pendiente, voy a recorrerla totalmente diciéndoles algo que, de seguro, ustedes conocen, pero que no les hará daño escucharlo una vez más.

Toda la ciencia no está contenida en la Universidad. La ciencia no se elabora exclusivamente en la Universidad, ni está tampoco contenida toda ella en la Universidad. Los hombres que lejos del campo de la Universidad y al contacto de la naturaleza luchan en este proceso eterno de adaptación y de dominación del mundo físico y biológico, esos hombres, sin estar en la Universidad, realizan observaciones, las atesoran, las interpretan y las hacen servir como elementos propulsores de la ciencia. Y ni aún en el dominio de la especulación científica, ni en el aprendizaje de las profesiones académicas, todas esas enseñanzas están encerradas en la Universidad.

Es común en Francia, no lo es tanto en Inglaterra, lo es menos en Alemania, lo es más en los Estados Unidos, que el aprendizaje de algunas profesiones, consideradas en todas partes como universitarias, se haga en institutos autónomos o que están vinculados a alguna rama de la administración pública y hasta de la municipalidad.

La práctica de relacionar los altos institutos de enseñanza técnica con las grandes divisiones político-administrativas, constituye en Francia un sistema de cuyas bondades todo el mundo está allí convencido. Cada ministerio

tiene bajo su dependencia dos, cuatro y hasta seis grandes institutos de enseñanza técnica superior. Bajo la dependencia inmediata del ministerio de Agricultura se hallan el Instituto Agronómico Nacional, la Escuela Nacional de Agricultura de Grignón, la Escuela Nacional de Horticultura de Versailles y la Escuela Nacional de Veterinaria de Alfort. Dependen del ministerio de las Colonias la Escuela Colonial y la Escuela Nacional Superior de Agricultura Colonial. El Conservatorio Nacional de Artes y Oficios, la Escuela Central de Artes y Manufacturas, la Escuela de Altos Estudios Comerciales, la Escuela Práctica Superior de Industria y Comercio y el Instituto Comercial de París, dependen del ministerio de Industria y Comercio. Seis son las escuelas que se hallan bajo la dirección y administración inmediata del ministerio de Guerra: la Escuela Superior de Guerra, la Escuela Politécnica, la Escuela de Aplicación de Artillería e Ingeniería, la Escuela Especial Militar, la Escuela de Aplicación de Servicios de Sanidad Militar y la Escuela del Servicio de pólvoras y salitres. El ministerio de Marina tiene a su su cargo la Escuela Superior de Marina y la Escuela de Aplicación de Ingeniería Naval. Dependen del ministerio de Obras Públicas la Escuela Nacional Superior de Minas, la Escuela Nacional de Puentes y Calzadas y la Escuela Profesional Superior de Correos y Telégrafos.

Y en Francia la especulación científica más alta está desvinculada de la Universidad. La Sorbona y el Colegio de Francia no tienen relación alguna con la Universidad, y son, esto no obstante,

institutos destinados a la más alta investigación científica.

En nuestro país se ha pensado alguna vez incorporar algunas de las formas de la enseñanza científica superior a ciertas ramas de la administración pública, a los ministerios y municipalidades; pero después de madura reflexión se ha considerado que dado el atraso político reinante, tal vez no conviniera todavía vincular directamente todos los institutos científicos a los ministerios o a las grandes reparticiones afines del Estado. Pero yo les pregunto a ustedes: ¿no sería lógico, no sería racional, que todo lo que en nuestro país se relaciona con la asistencia hospitalaria y con la higiene pública fuera puesto bajo la dependencia de la Facultad de Medicina? ¿No sería ésta, tal vez, la vía que nos permitiría realizar el primer ensayo en esta orientación, para hacer así posible la coexistencia de institutos de enseñanza superior que viven unos y se alientan en el claustro universitario, mientras los demás respiran el aire que puede venirles de ciertas dependencias administrativas inspiradas principalmente en la necesidad de aplicación?

Quiero ahora dedicar un capítulo breve a la extensión universitaria, extensión universitaria de la cual me parece que se habla mucho más de lo que se la practica y que constituye a mi juicio, a justo título, uno de los puntos más importantes del movimiento reformista estudiantil del año 18, incorporado con plena conciencia o como un acto intuitivo de la muchachada, que sin comprender bien la cosa ha sentido que dentro de ella había algo importante. La extensión universitaria constituye, dentro de la reforma, un punto fundamental.

Pero yo desearía, jóvenes estudiantes, que empezáramos por ponernos de acuerdo sobre la materia de esta extensión universitaria, en qué debe consistir. Querría también que nos pusiéramos de acuerdo sobre la forma cómo debe ser impartida y quién debe impartirla. Estos son puntos muy importantes, porque si sobre ellos no concordamos, la reforma universitaria sería, a mi juicio, una idea confusa, sin trascendencia, ni consecuencia práctica alguna.

Lo que yo hago en este momento, al hablarles a ustedes, ¿es extensión universitaria? Si lo es, hay que reconocer que es una extensión de fuera para dentro, pues de acuerdo con el lenguaje corriente la extensión universitaria es la que hace la misma Universidad, desbordando de sus límites naturales y llegando, con sus enseñanzas, a cubrir una jurisdicción que no es la propia.

Lo que yo estoy haciendo ahora es extensión universitaria; porque para que la universidad pueda enseñar a los de afuera es preciso, antes que nada, que ella no se acorace contra lo que ocurre fuera de ella, contra lo que pueden llevarle la vibración de las ideas, de los hechos, de las corrientes y hasta de las pasiones que llenan el medio social y que, por lo general, no llegan al ambiente universitario, siempre tan tranquilo y sereno.

Esto que yo hago ahora al hablarles a ustedes, es extensión universitaria, como lo es también la docencia libre, el derecho de enseñar en el aula universitaria acordado a los hombres que tienen alguna cosa que enseñar porque aprendieron algo en la vida y tienen aptitud para transmitirlo, siendo por estas solas razones maestros natos.

De modo que para que esta universidad haga extensión, es preciso que se nutra de las cosas de afuera, que aquí llegue el clamor, el eco y la influencia de las grandes corrientes de ideas, de las inquietudes espirituales, que se agitan fuera de la Universidad.

¿Qué clase de extensión universitaria podría realizar una universidad que viviera como fosilizada en un claustro cerrado, que desterrara de su enseñanza y hasta de sus bibliotecas las obras de los más grandes pensadores o que desconociera o negara, por ejemplo, a Darwin, Wallace, Huxley, Marx, Engels, Morgan, Stamler, a los hermanos Menger, a Jaurés, a nuestro maestro Justo, que los ignorara o que cerrara las puertas a estos hombres en cuyo pensamiento debe ir a buscarse la génesis de los grandes movimientos sociales modernos? ¿Qué extensión universitaria podría ser la que se hiciera en esas condiciones?

Claro que sólo el horror a la verdad o la desconfianza del propio método, pueden mantener en vigor el régimen de las compuertas dentro del medio universitario; una compuerta que se levanta para que pase ésto, si parece que conviene, y otra compuerta que se baja para obstaculizar en absoluto la penetración de otras ideas, cuando parece que no convienen. Eso no puede ser Universidad, ni puede ser ciencia, porque la ciencia tiene que ser serena, tiene que ser objetiva porque es el estudio desinteresado de la verdad.

Recuerdo que durante el movimiento de la reforma del año 18, que alcanzó contornos verdaderamente trágicos en la ciudad de Córdoba, había un profesor de la Facultad de Medicina que resis-

tía la reforma y les gritaba a los otros profesores: “¿Pero no ven ustedes que la reforma universitaria no es en el fondo sino un movimiento socialista de los más crudos?” Y yo digo y les pregunto a ustedes: supongamos que la evolución económica orientara al mundo hacia el socialismo — como estoy profundamente convencido de que el mundo se orienta hacia el socialismo — en presencia de una comprobación de esas, ¿qué decir de un hombre de ciencia que se desesperara, que quisiera negar la evidencia de una evolución semejante porque ella no concuerda con sus gustos o con sus intereses? Pero, ¿no se dice que la ciencia es estudio desinteresado? No se dice que la ciencia es la consideración objetiva y serena de la verdad? Y entonces porque una verdad no convenga o porque una verdad no guste, ¿puede eludirse el estudio y la consideración de ese fenómeno, de esa verdad? Es, evidentemente, lo que no puede hacerse.

Para hablar de extensión universitaria, es preciso que esa Universidad esté compenetrada de las ideas y de los hechos que se suceden en el transcurso del tiempo, es preciso que sea una Universidad que renueve al día, a la hora, al minuto, el bagaje de sus informaciones; es preciso que sea una Universidad que no haga descansar toda su ilustración sólo en las bibliotecas, donde se atesoran hechos, observaciones y teorías pretéritas, pues hoy necesitamos la información al día, que no pueden darla sino los seminarios o la documentación coleccionada semanalmente diariamente. El que sigue el movimiento científico, el que sigue el movimiento económico, el que sigue el movimiento político, revisando y archivando

las manifestaciones de esos movimientos que aparecen en los diarios políticos, en las revistas que existen en el mundo, en un mes acumula una cantidad tan grande de material de observación y de sugerencias que deja bien atrás toda la información y todos los datos que pueda dar una biblioteca. Entre una biblioteca y este modo de informarse, hay la misma diferencia que entre un museo y un laboratorio. Un museo es una colección de piezas muertas, que tienen todo el valor que quiera atribuírseles, pero que están muertas, que no han de decir más de lo que pudieran decir cuando la vida se agitaba en ellas. Las bibliotecas equivalen a los museos, y nuestros modernos medios de información equivalen a los laboratorios donde se trabaja al día la materia viva, donde se procede con los materiales y la información del momento.

Más de una vez me he ocupado con algunos jóvenes de determinar qué clase de disciplinas, qué temas, qué materias, qué cuestiones pueden ser el asunto de la extensión universitaria. Hay muchos jóvenes que desearían llevar un poco de extensión universitaria hacia afuera, pero para ellos se les plantea este problema; ¿qué llevar, qué es lo que puede interesar, cómo descubrir el sentido general de esa extensión? Y hay que descubrirlo.

El maestro Justo, que sentía una verdadera preocupación por la difusión de los conocimientos científicos, que la consideraba necesaria, indispensable para poner a la masa en condiciones de estar siempre a la altura de las crecientes obligaciones y deberes que impone el progreso, en un discurso parlamentario sobre la reforma universitaria que pronunció en

1918 — un discurso que, seguramente, ustedes no conocen, — decía, precisando en una síntesis admirable el carácter general de la extensión universitaria, lo siguiente:

“Las nuevas verdades sólo tienen trascendencia histórica en cuanto se hacen vulgares y, directa o indirectamente, se incorporan al sentido común. Es la aplicación diaria y pública de los principios de la ciencia, sometidos a la verificación y contralor de todos, lo que educa y desarrolla la inteligencia del pueblo”. Ahora, reduciendo esta fórmula general del maestro Justo a su más estricto sentido, podríamos decir que debemos familiarizar al pueblo — y aquí está la receta para el joven universitario que desea hacer extensión universitaria — con las verdades generales, con los principios abstractos, aplicables a la higiene, a la economía y a la política. Sería imperdonable el propósito de un universitario que se lanzara a hacer extensión con el único propósito de ilustrar teóricamente a las masas, de llevarles la alta cultura o hacerlas partícipes de las investigaciones científicas más elevadas.

Lo que hay que hacer es llevar a la masa conocimientos útiles para la solución práctica de los problemas actuales que interesan al pueblo, y es preciso llevar esos conocimientos no sólo en una forma intelectual sino también dinámica, enseñando un problema práctico e insistiendo para que el alumno se mueva en el sentido de darle una solución en los hechos. Es decir: hay que enseñar y hay que mover a la acción, simultáneamente.

Les voy a exponer un caso que explicará claramente mi pensamiento. Suelen ser materia de la

extensión universitaria por parte de los médicos, las cuestiones relativas a la génesis, profilaxis y tratamiento curativo de la tuberculosis. Es un excelente tema. Y un médico que conoce el medio social, que ha estudiado bien, que se halla en contacto con el ambiente popular donde la tuberculosis recluta tantas víctimas, está en excelentes condiciones para hacer extensión universitaria con ese tema.

Pero si el médico se propusiera únicamente dar al pueblo estas nociones, ¿qué sentido podría tener tal extensión? ¿De qué serviría? Si hemos de enseñar alguna cosa, será para que ella sea de provecho. No se trata de ilustrar teóricamente al pueblo, de hacer hombres eruditos cuando la masa está clamando por la satisfacción de necesidades fundamentales muy urgentes.

Si el médico, al hacer extensión universitaria, enseñara también que la tuberculosis es una enfermedad estrechamente vinculada, por su origen, a una nutrición insuficiente, a un exceso de trabajo, a una vivienda insalubre, a falta de sol, de aire y de luz, ese médico completaría su obra porque estimularía a sus oyentes a ponerse en acción para obtener una mejora en su vivienda, en su alimento, más aire, más luz y más sol.

De manera que es necesario llevar a la masa problemas del tiempo, grandes cuestiones del momento, porque no habría ningún objeto en llevarle teorías puras, intrincadas cuestiones de exégesis histórica, que se refirieran, por ejemplo, a una civilización humana extinguida hace cincuenta siglos. Pero no faltará, seguramente, algún pedante que pretenda hacerlo, so pretexto de que

la alta cultura y la especulación científica no son dañinas aunque en realidad lo son, porque hacen perder un tiempo precioso a gente que necesita con urgencia cosas prácticas y de aplicación inmediata.

Es ridícula la idea, según la cual la extensión universitaria tiene por objeto llevar a la masa una cultura enciclopédica, que es indigesta para todo el mundo y que sería fatal para la gente del pueblo.

Y la extensión universitaria concebida en forma práctica tendría, para un país como el nuestro, una importancia excepcional. La Argentina ha incorporado hace unos diez y ocho años un progreso político de la mayor importancia: la reforma electoral del presidente Sáenz Peña, que constituye, realmente, un punto de partida sólido para el desarrollo de una democracia consciente y poderosa.

Pero la ley Sáenz Peña, al conceder el voto a todos los ciudadanos argentinos, al hacer efectivo el derecho del sufragio, al asegurar a todos los ciudadanos su aproximación a las urnas y garantizar el recuento minucioso y honesto de los votos emitidos, ha puesto en manos del pueblo, del electorado, el gobierno del país. De manera, estimados jóvenes, que el gobierno de nuestro país ha de surgir fatalmente de la masa, porque la determinación del triunfo la ocasiona el mayor número de sufragios, y los sufragios salen sobre todo de la masa. Que haya salido triunfante Irigoyen, que salga mañana un conservador o pasado un socialista, el fenómeno no se ha verificado ni podrá verificarse sino por el aporte de numerosos votos procedentes de la

masa. Esto es propio de un sistema de sufragio universal.

Se ve, pues, que necesitamos masas conscientes, argentinos ilustrados en los problemas de su época, hombres que sientan dentro de sí la energía, el saber y la decisión necesarias para considerarse ellos mismos como los factores de su propio destino, como los realizadores de la propia historia de su país, como los responsables exclusivos de su gobierno.

Es por eso que una de las tareas más importantes para los partidos, para la escuela, para el colegio y la Universidad, es levantar el nivel de esa masa, hacerla más consciente, capacitarla, ya que a esa masa le hemos entregado los destinos políticos del país. No hay nada más urgente que hacer.

Los partidos políticos tal vez no lo entienden todavía, y si lo entienden no lo ponen en práctica porque momentáneamente puede no convenirles, pero es una verdad que se impone. Y la prueba de que se impone es que vivimos en un país que no obstante su sorprendente desarrollo económico, no obstante la inteligencia vivaz de sus habitantes, no obstante la capacidad de aplicación que nos caracteriza a todos, la masa es fetichista, cree en el poder sobrenatural de ciertos hombres, cree todavía en que alguna divinidad, alguna fuerza extraña y superior a ella la dirige, la gobierna, se compadece de ella y guía sus destinos por las vías más luminosas y más felices. Ese es un mal nacional que hay que apresurarse a combatir, a desarraigar. Por la educación y el esclarecimiento de la consciencia política conseguiremos desarrollar en todos los argentinos la aptitud para obrar y la confianza en el propio valer.

Yo no creo que la extensión

universitaria pueda imponerse reglamentariamente, que pueda ser resuelta por medio de una ordenanza como se ha resuelto ayer en la Universidad de La Plata al crear un departamento para la extensión universitaria. Si la extensión universitaria fuera confiada a profesores que la miraran como un trabajo más, como una carga más agregada a las tareas de la cátedra, esa extensión universitaria no pasaría de ser una palabra vana, una mentira o una mistificación. La extensión universitaria no pueden hacerla sino aquellos hombres que tienen o sienten una atracción, una solidaridad, una simpatía hacia la masa del pueblo que hay que ilustrar: necesita hombres que sepan, pero que sientan también. Solamente así esa extensión universitaria podrá tener su éxito asegurado: de lo contrario, será un fracaso.

Y vuelvo a repetir; los que salgan a hacer extensión universitaria deberán tratar de difundir entre la masa las verdades más simples, las verdades más claras y las verdades más prácticas; porque no tendría perdón, sería un crimen de lesa ciudadanía, de lesa ciencia, el del hombre que fuera a matar sus ocios o en busca de renombre, ocupando la atención y el tiempo del pueblo con elucubraciones sobre asuntos remotos o sobre temas de un trascendentalismo tal que no pudieran vincularse, ni remotamente, a las necesidades prácticas del momento.

Terminaré esta conferencia diciendo unas pocas palabras acerca de esas crisis de razón y de sentimiento que estallan en algunos profesionales a distintas alturas de la vida y que los impulsan y llevan al campo de la acción político-social.

La formación de profesionales competentes y honestos debe ser reconocida como una función importantísima de la Universidad. Un médico instruído, un médico capaz y un médico honesto, es un elemento social de la más alta importancia, y una Universidad, una Facultad de Medicina que dé profesionales en estas condiciones, es una Facultad que compromete la gratitud pública. Un profesional de estas condiciones es siempre un elemento de gran eficiencia social y es una persona respetable bajo todo concepto. Algunos dicen que no basta hacer médicos, ingenieros, etc.: yo digo que sería ya una gran función de la Universidad el hacer buenos y muy honestos médicos. Me consolaría de que no pudieran alzar mayormente el vuelo hacia las regiones de la ciencia inaccesible, porque hacer médicos capaces y honestos sería de por sí una cosa muy grande.

Pero yo he notado que los profesionales y especialmente los de la medicina, a cierta altura de la vida parecen fatigarse, parecen hastiarse, quisieran entrar en la corriente de una nueva vida, quisieran participar de nuevas actividades. Cierto es que un universitario que no ha pasado en vano sus años en la Universidad, es un hombre que sale armado con un caudal de conocimientos y, sobre todo, con un método, cuyo valor e importancia ustedes, estudiantes, no están todavía en condiciones de apreciar. Me refiero al método, a la disciplina científica que se adquieren al contacto de buenos profesores en el ejercicio de estudios serios. Ese método nos da en la vida, cualesquiera que sean nuestra posición y nuestra actividad, una superioridad marcada sobre los hombres que no

han tenido el privilegio de formarse ese método al calor de la Universidad. Y este método científico, esta disciplina, es lo que permite a los que lo poseen, descubrir, estudiar y desentrañar el sentido social de ciertas contradicciones en que aparecen en pugna las verdades aprendidas en la Universidad y las realidades de la vida.

La verdad de las universidades es una verdad teórica, sincera, que se defiende y se proclama con los más altos propósitos. La verdad de la Universidad, diría yo, es una verdad ingenua. Pero la aplicación que los hombres hacen de esa verdad, no es siempre inteligente, ni leal. La higiene, la justicia y la solidaridad suelen ser odiosos sofismas o simples caricaturas. La higiene que nos enseñaron y que seguramente les estarán enseñando en esta casa a ustedes, futuros médicos, no la verán aplicada en la realidad de la vida. La renovación del aire, los metros cúbicos, los pavimentos impermeables, las superficies descubiertas, el aire, el sol, la luz, las cualidades de la vestimenta, todo éso que es realmente hermoso y que se enseña en esta casa, no se aplica casi en la vida para grandes masas humanas. La higiene para los médicos, la justicia para los abogados, la solidaridad para los sociólogos, etc., todo eso en la realidad resultan a menudo caricaturas grotescas o sofismas odiosos.

Y de aquí que en presencia y frente a esas contradicciones, se

produzca el desconcierto, el desaliento, y que los médicos suelen entrar en algo que yo llamo crisis de razón y de sentimiento. Nuestro maestro Justo nos ha relatado en una de sus más emocionantes páginas, cómo, cansado, hastiado, avergonzado de trabajar para remediar o mitigar el dolor evitable, resolvió entregarse resueltamente a la acción social buscando por la política la solución de problemas que no podía alcanzar por el hospital.

¡Cuántas veces se vió en presencia del dolor buscado, de la desgracia evitable, del mal determinado por la ignorancia, por la inconsciencia, por la imprevisión, a veces por la imprevisión criminal de la autoridad y del gobierno, estallando entonces la crisis en la forma en que suelen producirse siempre en los espíritus elevados, en las mentes esclarecidas. Y resolvió consagrar su existencia a una forma de acción más lógica, más humana y más eficaz.

Treinta y seis años después del maestro Justo, un eminente médico español, de un concepto científico y moral realmente envidiable, presa de idéntica crisis de razón y de sentimiento, se lanzó también él a la acción inscribiendo en su bandera estas palabras: "La ciencia — dice el doctor Marañón — sólo es legítima cuando se pone al servicio del hombre vivo, basado en el anhelo de su justa nivelación".

He dicho. (**Grandes y muy prolongados aplausos**).